

29. AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR. A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Introducción. Jesús expresa en esta parábola una verdad decisiva y lo fascinante es que no la formula de manera teórica, moralizante, sino que la narra cómo una historia. De la causa de Dios, de la construcción del Reino, por la que se entrega todo no se puede hablar por mera consciencia del deber, de la obligación, partiendo de un imperativo moral o de la exigencia externa. Se hace por un movimiento libre, interno, lleno de convicción y de voluntad. A Jesús se le sigue por amor, o no se le sigue. La parábola nos habla de la necesidad de decidir. Por lo visto, que una persona quiera libremente lo mismo que Dios solo es posible si contempla con sus propios ojos la belleza de la causa de Dios, de modo que se despierte la alegría, el apetito por aquello que Dios quiere hacer en el mundo y ese «deseo de Dios y de su causa», se haga mayor que toda su autorreferencialidad humana. ¿Estamos dispuestos a imaginar una nueva vida, caracterizada por la gratitud, libres de resentimientos y sabernos acompañados en todo lo que nos pasa? Dios es “el que es” y orar es ver y experimentar a un ser que “es”, con consciencia, dándose cuenta y agradeciendo esa felicidad, esa alegría desbordante, esa paz inexpugnable. Escuchar a un ser liberado que opta por Jesús y estar en su presencia nos ofrece el catalizador, la esperanza y el punto de partida de nuestro propio camino interior. Es Dios el que nos atrae y nos pone en marcha.

Lo que Dios nos dice. *«Dinos, pues, qué opinas: ¿es lícito pagar impuesto al César o no?». Comprendiendo su mala voluntad, les dijo Jesús: «Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Enseñadme la moneda del impuesto». Le presentaron un denario. Él les preguntó: «¿De quién son esta imagen y esta inscripción?». Le respondieron: «Del César». Entonces les replicó: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Al oírlo se maravillaron y dejándolo se fueron» (Mt 22,17-22).*

Los que cuestionan a Jesús buscan la confrontación entre las realidades históricas, humanas, civiles. Y todo el mundo de lo espiritual, de lo eterno, de la fe. No vivimos en un dualismo desintegrador. Nuestra fe se vive a ras de tierra, pero con el corazón puesto en lo eterno que inunda la vida cotidiana. La trampa tendida a Jesús estaba bien pensada, era inteligente: *«¿Es lícito pagar tributo al César o no?»*. Si contesta que sí, le acusamos de colaboracionista con el opresor romano; si contesta que no, le acusamos de rebelde al César y de revolucionario y agitador de las masas. Jesús al contestar les dice que al César hay que darle lo que es del César, pero añade algo más que no le han preguntado: que también hay que dar *«a Dios lo que es de Dios»*. Porque la autoridad máxima no es la del César sino la de Dios. Y con ello le está diciendo algo así como “parece mentira que vosotros os olvidéis de Dios que está por encima de cualquier César”. Del César de entonces y de los de ahora. *“Dar a Dios lo que es de Dios”*.

¿Qué es eso? ¿Qué es aquello que sólo a Dios debemos dar porque es Dios quien nos lo ha dado a nosotros? No es dinero, ni tributos que se pagan con dinero. Es nuestro tiempo, nuestra atención, nuestro cariño, nuestra vida entera. Es algo mucho más personal: nuestro corazón, nuestro amor. Porque Él nos amó primero, porque Él nos ha dado la capacidad de amar. *«Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él» (Col3,1-4).*

Dar lo más valioso que tenemos cada uno de nosotros, nuestra capacidad de amar, de entregarnos a Dios y a los demás. Jesús nos enseña dos cosas en esta parábola. La primera es que a Dios le devolvemos su amor, el amor que Él nos ha dado, amando a nuestros hermanos, poniéndonos a los pies de nuestros hermanos. Nuestra oración y nuestra relación íntima con Dios son auténticas y verdaderas si nos ponen al servicio de nuestros hermanos. Y de un modo especial al servicio de nuestros hermanos más débiles, necesitados, y vulnerables: al servicio de aquellos que no nos pueden compensar ni devolver. Porque nos entregamos a ellos no porque esperemos ningún tipo de compensación o respuesta, sino por lo que ya hemos recibido. Por mucho amor que demos no alcanzará nunca, ni de lejos, el amor que nosotros hemos recibido de Dios.

Cómo podemos vivirlo. No debemos olvidar nunca que el amor de Dios a cada uno de nosotros es un amor gratuito. Los gobernantes, la Agencia Tributaria nos persigue y castiga si no pagamos sus tributos. Dios ni persigue ni castiga. Dios sigue amando, sigue confiando en nosotros, nos sigue dando la oportunidad, siempre, de que convirtamos nuestro egoísmo en amor y nuestra resistencia a la entrega en generosidad.